

Los asesinos lentos

RAFAEL BALANZÁ

Siruela Nuevos Tiempos



Índice

Cubierta
Portadilla
Vestigios
En el filo de la amenaza
Segundo round, estallido
Me encantan los animales,
Tienes miedo, yo también
Libertad animal
Fin de partida
Viernes, 6 de febrero de 2009
La verdad (epílogo)
Acta
Créditos

Rafael Balanzá

Los asesinos lentos

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Los asesinos lentos

A David, a su madre; a la mía

¿Cuándo retirarás tu mirada de mí? [...] ¿Y
por qué no toleras mi delito y dejas pasar mi
falta?

Job 7, 19-21

Vestigios

Estuve charlando con Valle en el café Arrecife; durante una hora larga evocamos juntos otros tiempos, reímos juntos; después me anunció fría y serenamente que iba a matarme, que había decidido matarme y que lo haría relativamente pronto.

Hacía más de diez años que no nos veíamos. Me había llamado a casa, por sorpresa, la tarde anterior. Dijo que había venido a Las Zalbias a pasar unos días y que le gustaría que nos encontrásemos. No me pareció demasiado extraño. Quedamos en vernos al día siguiente. No había cambiado mucho. Nos saludamos de modo cordial pero sin grandes efusiones, y estuvimos hablando de cómo de bien y de mal nos había ido a cada uno; bromeando como si no hubiera pasado el tiempo entre nosotros; hasta que él se levantó de pronto a por tabaco, y al volver, mientras yo todavía sonreía y meneaba ufanamente la cabeza celebrando las últimas cuchufletas que habíamos estado soltando, dejó caer el paquete en la mesa, produciendo un cortante chasquido. Entonces, apenas perceptiblemente nervioso, me anunció con una voz bastante clara y bastante firme que iba a matarme, con toda seguridad, aunque no de inmediato.

—Te lo tengo que decir ahora, ¿comprendes? Antes de que sigamos hablando —dijo—. Quiero que sepas desde ahora que te voy a matar, porque quiero que estés advertido...

Reiteró que no sería allí, ni en ese momento —lo cual me pareció un detalle por su parte—, ni probablemente tampoco esa semana, pero insistió en que no tardaría demasiado, y añadió que su decisión era irrevocable. Dijo que no valía la pena que me esforzase en disuadirlo, porque lo había estado pensando durante meses y nada podría ya modificar su propósito.

Yo estaba sentado de espaldas a un mural de tema marino, hecho de terracota y escayola policromada, con incrustaciones de objetos reales — como conchas de mar, tritones secos, redes y otras cosas parecidas—, y

tenía enfrente, en una mesa cercana, a dos señoras mayores y a un chiquillo de unos cinco años. El niño había estado burbujeando sonoramente con su pajita en un vaso de tubo que contenía cierto líquido marrón –con toda probabilidad, batido de chocolate–, y a la vez que lo hacía me miraba con intensidad, muy serio, como si esperase alguna reacción por mi parte. De hecho, el niño burbujeaba todavía, y me seguía mirando fijamente, después de que Valle me sorprendiera con su tétrico anuncio. Todo aquello junto amenazaba con formar una especie de bloque. Algo compacto, similar a una losa grabada con extraños signos. Un mensaje de alarma, cifrado e incomprensible, que me llegaba no sabía exactamente de qué galaxia; y que desde luego yo sería del todo incapaz de interpretar o digerir.

Al final, lo único que pude pronunciar fue la siguiente estupidez con forma de pregunta:

–¿Por qué quieres matarme, Valle?

La verdad es que cualquier cosa que hubiese podido decir, me doy cuenta ahora, habría sido una estupidez, claro. Tal vez lo único sensato que podía haber hecho en aquella situación era soltar una risotada y largarme. Pero eso no se me ocurrió hasta mucho más tarde. (En realidad, no se me ha ocurrido casi hasta ahora mismo, cuando lo pienso, cuando lo recuerdo para contarlo...)

–¿Por qué quieres matarme, Valle?

Ahora el que meneaba la cabeza y sonreía para sí mismo era él; aunque comprendí que aquel gesto, parecido al mío de un momento antes, tenía en su caso un significado bien distinto, y mucho menos amigable.

–A ver, dime... –continuaba sonriendo con una especie de indulgencia maligna–. ¿Tú por qué crees que quiero matarte?

–¿Yo...? ¿Cómo quieres que responda a eso? Te estás que - dando conmigo, ¿verdad? Es una broma...

–No... lo siento –cortó él de modo tajante, helándome con unos ojos de ofidio a punto de escupir veneno, unos ojos inapropiados para aquel rostro casi juvenil todavía, tostado y ovalado, coronado por una buena mata de pelo negro–, lo siento, pero no. He decidido que voy a matarte –agachó la cabeza y entornó sus ojos, de nuevo humanos, como si de pronto algo lo avergonzase–; tengo mis razones. Mejores razones de lo

que te puedas imaginar. Te repito que lo siento, pero es necesario que lo sepas, es inevitable que te lo diga. Comprendo que para ti sea absurdo. Y es absurdo, tienes razón. Todo es absurdo, tú ya lo sabes. Supongo que te voy a decir cosas que te sorprenderán mucho. Tendrías que hacer un esfuerzo... ponerte en mi lugar, para intentar entender... si es que quieres que hablemos. Porque no sé si quieres que te explique algo. No sé si quieres que sigamos hablando...

Le dije entonces que si se proponía asesinarme, no estaría nada mal, claro, conocer por lo menos las razones. Y añadí que debía comprender que me costase mucho creer todo aquello.

—Claro... Me parece que a mí me pasaría igual en tu lugar. Pero yo no estoy en tu lugar, estoy en el mío. Tampoco es fácil estar en mi lugar, ¿sabes?

Comenté que tendría bastante gracia que se hiciese ahora la víctima. En mi fuero interno, seguía albergando la esperanza de verle pronto el fondo a aquella broma. Pero no era una broma, como empecé a sospechar en aquel mismo instante y terminé de comprender en el transcurso de los días y de las semanas que siguieron.

Hasta ese momento mi vida había sido deliciosamente normal —dentro, supongo, de las anomalías generales que hoy ya no preocupan a nadie, por lo menos en el mundo desarrollado—. Virginia y yo teníamos una hija y un hijo, ambos adolescentes, y la cuenta de nuestro resentimiento, bastante compensada por la variedad de la vida, por los rescoldos de nuestra (originariamente verdadera) atracción física, y por las comodidades materiales de que disfrutábamos. Así que confiadamente me adentraba en la cuarentena sin más signos de peligro grave que el de la muerte a lo lejos. Y demasiado lejos todavía, como suele decirse, para empezar a preocuparse por ella.

Querrá saber, supongo, dónde trabajaba, cuál era mi rutina, a qué me dedicaba en mis días libres... (O no querrá saberlo, pero resulta que voy a empezar por ahí precisamente, porque es lo que me parece más oportuno.) Pues mire, tenía mi propio negocio: una tienda de mascotas en una galería comercial. Y debo decir que no iba nada mal mi tienda.

Los últimos años habían sido bastante buenos. En fin, que no tenía problemas muy serios. No los tenía aparentemente, claro. Porque resulta que yo vivía en una especie de esfuerzo continuo por atenerme exclusivamente a las apariencias. Y en ese sentido, se puede decir que todo iba bien para mí y para los míos.

Mi encuentro con Valle tuvo lugar la última semana de septiembre. Pero lo cierto es que mi vida empezó a dar claras muestras de haber entrado en una desconocida zona de perturbaciones desde un poco antes. Tal vez desde un mes antes. De hecho, a primeros de septiembre ya ocurrió algo que, por razones que tal vez explique más adelante, me parece ahora una especie de augurio de lo que se me venía encima, aunque en sí mismo constituyese muy poco más que una anécdota trivial.

Lo que ocurrió aquella mañana –era jueves, creo– fue que entró en la tienda un sujeto, el cual me resultó vagamente familiar, aunque no conseguí identificarlo. No podía relacionar esos ojos redondos y alarmados, esa pálida y agria cara de lechuza, con ningún ambiente ni ninguna persona de mi entorno. El hombre dijo «hola», mientras me lanzaba una mirada instantánea y formularia, y se puso de inmediato a curiosear por el establecimiento, deteniéndose especialmente en los acuarios y en las urnas de los pequeños reptiles.

–Perdone –dijo, señalando a través de la plancha de cristal a un pequeño camaleón ofendido que parpadeaba lentamente, enroscando su cola en el palo sobre el que reposaba su pequeño cuerpo, pruinoso y circunstancialmente verde–. Perdone... ¿Es un camaleón... esto?

–Sí –confirmé sonriendo–, eso es un camaleón. Exactamente.

–Bien... ¿puede decirme qué tipo de cuidados requiere este animal?

En ese momento yo estaba limpiando la jaula de los hámsters, pero interrumpí mi tarea y me acerqué a él, para asesorarlo adecuadamente. Había más gente en la tienda. Recuerdo que Mariola (mi dependienta más antigua, mi mano derecha) atendía justo en aquel momento a una señora de cierta edad que parecía bastante interesada en una cacaatúa. Había también algunos niños por allí. A los niños nunca había que perderlos de vista en mi negocio. Así que mientras proporcionaba a aquel desconocido, vagamente familiar para mí, las indicaciones precisas para el mantenimiento en cautividad de un *Chamaeleo* del Yemen (su

alimentación a base de grillos, de cucarachas y de gusanos de harina; la luz, la humedad y la temperatura precisas; las condiciones del terrario...), y vigilaba de reojo a los preadolescentes que se apiñaban alrededor de la caja de los cachorros de labrador, seguía preguntándome, con creciente inquietud, de qué podía conocer a aquel individuo. Pensé que andaría por los cincuenta, o puede que algo menos. Noté que me escuchaba con una especie de atención indignada. Con esos ojos febriles y el rictus forzado y tenso de su boca, parecía estar a punto de estallar, de proferir algo así como «yo no aguanto esta clase de exigencias de un animal tan feo, y que se pasa la vida abrazado a un palo...».

No debía de haber nada de eso, fuera de mi imaginación, porque cuando terminé de hablar me dijo en un tono casi perentorio que se lo llevaba. Hay que decir que el camaleón me parecía un animal de algún modo muy indicado para él, puesto que creí percibir desde el principio una especie de suspicaz, de recelosa afinidad entre ellos.

Esa noche le conté a Virginia, después de la cena, lo sucedido. Recuerdo que los chicos no estaban en casa y que ella se había puesto un vestido blanco para salir. Llevaba un collar de cuentas de madera e iba de un lado a otro de la cocina, como un militar en plena campaña, metiendo los platos en el fregadero, pasando el paño por el banco, anotando cosas en la lista de la compra...

—Sí... es mi psiquiatra. Javier Villar —estaba guapa, había que reconocerlo. Llevaba el pelo un poco mojado. Creo que tenía que acudir a una inauguración en una galería, o algo así—. Mi psiquiatra —repitió, al darse cuenta de mi perplejidad—. Yo le hablé de la tienda... Ahora no tengo tiempo de explicarte. Cuando vuelva... —se rió y me rozó la coronilla con los labios, tapándome la boca al mismo tiempo con la palma de la mano, un poco húmeda («Cuando vuelva, ¿de acuerdo?»), como para impedirme que la entretuviese con preguntas inoportunas. Lo de que me tapase la boca no me gustó nada. Después desapareció de la cocina, pero aún siguió hablándome unos segundos desde el cuarto de baño, al fondo del pasillo—: Susana me dijo que estaba pensando en comprar una mascota para su hija. Tiene una hija de la edad de Mario —Mario es nuestro hijo menor—. Me refiero al doctor Villar... —yo ya lo había entendido: el doctor Villar quería comprar una

mascota para su hija. Se lo había contado su amiga Susana. No dije nada, esperando que se explicase un poco más—. Y en fin... eso... que al final de la sesión del último día me atreví a decirle que teníamos una tienda de animales en la galería Goldmare. ¿Te parece mal?

No. No me parecía mal. Lo que ocurría era sencillamente que no entendía nada en absoluto. ¿De qué lo conocía yo? ¿Y por qué caminos sabía Susana que este hombre andaba buscando una mascota? Por otra parte, en mi opinión no tenía mucho sentido el que, después de una sesión, ella –Virginia– hiciese referencia a un detalle de la vida privada de su psiquiatra. Lo encontraba impropio, inadecuado. Aunque fuese para hacerle una recomendación de tipo práctico, relativa a un asunto menor.

El caso es que no pude recolectar las respuestas correspondientes hasta varios días más tarde. Estaba a punto de formular la primera pregunta de la serie cuando Virginia se largó, gritando «hasta luego» y dando un sonoro portazo. Prácticamente ya no nos vimos hasta el fin de semana, y a pesar de que me había propuesto formular mis inquietudes a la menor oportunidad, estuve a punto de olvidar el asunto por completo. Pero cuando el sábado, o el domingo, me dijo que había quedado con Susana para ir al Club Náutico, el tema saltó en mi memoria como el muñeco con muelle de una caja sorpresa. Y resultó que cada cosa tenía su explicación, según mi mujer. Yo había conocido al doctor Javier Villar durante una cena en casa de Susana, el verano anterior. Ellos, por su parte, no eran íntimos, pero se conocían desde hacía años. Y la existencia de esa cierta relación de amistad (la de Susana y su marido con el doctor Villar y su mujer) explicaba el que ella, Virginia, se hubiese acabado enterando de que su psiquiatra andaba buscando una mascota para su hija. Hasta ahí, con algún esfuerzo, yo estaba dispuesto a admitirlo todo –en una pequeña población marítima como la nuestra, todo el mundo termina por estar relacionado de algún modo–, pero lo que no estaba dispuesto a dar por bueno, en absoluto, fue lo que Virginia me reveló a continuación. Me dijo que el psiquiatra y su mujer se habían divorciado hacía unos meses, y que ella se había suicidado hacía apenas tres semanas.

–Ahora sí que no entiendo nada.

–¿Qué es lo que no entiendes?